

rápido giro, se había clavado en la flecha misma del tezcucano, que cayó en tierra hecha menudos fragmentos, y recibiendo un impulso contrario al que traía, la varita comenzó á voltear en opuesta direccion.

Un silencio de asombro siguió á este certero y maravilloso tiro, hasta que, recobrados algun tanto los espectadores, prorumpieron en desaforados aplausos.

Ningun archero osó disfrutar el premio al esposo de Guacalcinla, que conducido en triunfo por los mariscales, lo recibió puesto de rodillas de manos de aquella idolatrada hermosura.

Felicitáronle á porfía los mismos que habían sido vencidos.

Los guerreros españoles le saludaron como á un archero sin igual.

Recibió él con modesta dignidad todas aquellas lisonjeras demostraciones, y buscando un premio más dulce en las miradas de su bella y encantadora esposa.

CAPITULO XXXIII.

La segunda parte de la fiesta.

COMENZÓSE despues el juego de la pelota que consistia en mantener por largo tiempo en el aire unas bolas elásticas, despidiéndolas con pequeñas palancas cada vez que descendian, hasta llevarlas hácia una línea trazada á mucha distancia.

En este juego ninguno de los príncipes pudo igualar la destreza de dos jóvenes hermanos de la cuadrilla de Guatimotzin. Eran aquellos adolescentes hijos de un valiente general muy estimado por Moctezuma.

Llamábanse Haothalan, y Cinthai, y nacidos en los Estados del soberano de Tacuba, padre de Guatimotzin, habían profesado siempre un particular cariño á este jóven príncipe.

El triunfo que acababan de obtener en la pelota le fué por tanto sumamente grato, y él mismo los llevó á recibir de mano de Temixpa el premio de su habilidad, que consistia en dos ricos brazaletes.

Comenzóse despues la lucha. Cada atleta eligió su contrario, y Cacumatzin, celoso de haber sido superado en el tiro de flechas por su jóven primo, le desafió con altas y corteses palabras.

—Ven, pues, admirable archero, le decia, y si quieres que te perdone el haberme quitado la dicha de recibir el carcax de oro de la hermosa mano de Guacalcinla, hazte digno en la lucha de

una de las coronas que la augusta emperatriz debe ceñir á la frente de los vencedores.

No esperó segunda provocacion el yerno de Moctezuma.

Arrojando el manto y el carcax, dejó descubiertas las bellas formas de su blanco cuerpo, formas delicadas en comparacion de las hercúleas que al desnudarse dejó patentes su adversario.

Por grande que fuese la opinion que los espectadores tenian formada de la destreza del príncipe de Tacuba, no hubo ninguno que al hacer involuntariamente aquel cotejo se atreviera á pronosticar su victoria, y como era generalmente amado y el carácter violento de Cacumatzin no excitase las mayores simpatías, hubo un momento de emocion general, en el cual todas las miradas, fijas en el jóven combatiente, parecian suplicarle renunciase á una lucha desigual, cuyo éxito no podia serle favorable.

Notólo Guatimotzin, y una imperceptible sonrisa de desden pasó fugaz sobre sus labios, mientras su arrogante adversario paseaba la vista por todos los espectadores, como si buscase testigos de su infalible triunfo.

A una señal de los mariscales, los contendientes se lanzan el uno sobre el otro, y la primera embestida de Cacumatzin es tan vigorosa, que su contrario se bambolea un momento entre sus membrudos brazos, y un grito unánime expresa el temor de los espectadores.

—¡Animos! ¡Valor, príncipe de Tacuba! exclaman.

La esperanza renace prontamente.

Guatimotzin ha logrado desembarazarse de su antagonista, como una anguila que se escurre de la mano de un niño que procura empuñarla, y acometiendo á su vez, echa su brazo izquierdo en torno de la cintura de Cacumatzin, y asiéndole con el derecho por el cuello, le da violentas sacudidas, á las que resiste el atleta como una ceiba azotada por el huracan.

Hace el jóven príncipe mayores esfuerzos, y no permanece ocioso su enemigo.

Sus brazos se enlazan como dos bejucos que se abrazan á un mismo tronco, se sacuden, se oprimen, se rechazan mutuamente, y vuelven á trabarse con mayor tenacidad.

La fuerza de Cacumatzin agobia repetidas veces á su adversario. La elasticidad y ligereza de éste burlan otras tantas las fuerzas de aquel, y empiezan á fatigarlo.

Aprovecha uno de estos momentos de cansancio Guatimotzin, y embiste con mayor denuedo.

Persigue y estrecha á su enemigo.

Enlázale, sacúdele con todas sus fuerzas, y procura inclinarle hácia un lado.

En efecto, una de las rodillas del príncipe de Tezcucó se doblaba al impulso, y su mano izquierda casi toca la tierra.

Los espectadores abren la boca para cantar ¡victoria! cuando enderezándose rápidamente el robusto mancebo, y rugiendo como el leon que acaba de romper la red que lo aprisionaba, arremete á su adversario con irresistible pujanza.

La lucha entónces es rápida y sin tregua.

Los dos cuerpos parecen uno solo.

Apriétanse pecho con pecho, se enlazan brazos y piernas, la cabeza de cada uno se apoya en el hombro del otro para dar mayor fuerza al empuje, caen á tierra sus penachos, mézclanse en desórden sus negras cabelleras, corre el sudor por todos los miembros de ambos, levántase en torno una espesa polvareda, y se oye el trabajoso resuello que sale de sus pechos á manera de ronquido.

Una palidez profunda cubre á Guatimotzin, mientras parece que brotan sangre las mejillas y el desnudo pecho del tezcucano.

Pero ninguno cede, ninguno afloja, y ambos, sin embargo, parecen próximos á sucumbir.

El príncipe de Iztacpalapa da una voz, y arroja en medio del

circo la insignia de su autoridad, á cuya demostracion cesa repentinamente la lucha.

—Príncipes, dice entónces, ambos habeis merecido la gloriosa corona.

El pueblo aplaude con entusiasmo aquella justa decision, y la emperatriz previene iguales premios para los dos combatientes, que permanecen algunos minutos jadeando, sin voz y casi sin aliento.

Miéntras habian luchado aquellos dos diestros lidiadores, otros muchos combates del mismo género habian tenido lugar en aquel recinto.

Los más notables vencedores habian sido el príncipe de Cuyoacan, que echó por tierra á tres robustos competidores, y el jóven Haothalan, que habia conseguido deribar al cacique de Otumba, despues que éste habia triunfado de dos adversarios, uno de los cuales era Cinthai, hermano del osado jóven que le arrebató despues la victoria.

Premiados los vencedores, la fiesta tomó un carácter más popular.

Nobles y plebeyos se mezclaron y confundieron en el vasto recinto.

Los músicos sustituyeron tocatas alegres á los sonidos fuertes y belicosos, y comenzó el baile, en el cual el más orgulloso príncipe no se desdenaba de tener por pareja á la hija ó mujer del labrador y del artesano.

Sucedíanse los corros, confundíanse los trajes lujosos con los ridículos.

La alegría tomaba un carácter de delirio, siendo de notar que en medio de aquel aparente desórden que mezclaba las clases y los sexos, no aconteciese jamas la menor desgracia, pues aquel pueblo inmenso, en su casi frenético placer, no incurria en ningun exceso contrario á la razon ni á la decencia.

CAPITULO XXXIV.

Donde Hernán Cortés se propone pagar á Moctezuma en la misma moneda.



MOCTEZUMA estaba ébrio de gozo por el resultado de la fiesta.

No solo los príncipes de su sangre, sino todo el pueblo mexicano se habia presentado á los ojos de los extranjeros con todo el esplendor, con toda la magnificencia que tanto deleitaba al monarca.

Por un instante olvidó las penas que le consumían, y para manifestar su gozo y demostrar su gratitud á su pueblo, resolvió dispensarle uno de los honores más grandes que otorgaba á sus vasallos el soberano de México.

Este honor consistia en comer en público.

Dió orden á sus criados para que aprestasen las mesas en la gran plaza; sentó á su lado á Hernán Cortés y á los dos príncipes, á su esposa y á sus hijas, y en medio de la admiracion y de la frenética alegría de los mexicanos, se celebró el banquete.

Los bufones acudieron como siempre para desplegar el lujo de sus habilidades en presencia de un pueblo ávido de emociones, y con arreglo á la costumbre establecida en el ceremonial del emperador, lo mismo á los capitanes y á los soldados, que á los dignatarios de su córte y á los individuos de su servidumbre, mandó distribuir los manjares que con tanta abundancia preparaban los cocineros.

Durante la comida habló con verdadera satisfacción á los que le rodeaban.

Hernan Cortés no quiso aquella vez herir su amor propio, y celebró, no solo la magnificencia de la fiesta que habia presenciado, sino la destreza, la energía, la seguridad, el valor de los que en ella habian tomado la parte principal.

Pláceme oiros hablar de ese modo, exclamó Moctezuma.

Ya habreis podido formaros una idea de la grandeza de mi pueblo.

No hay un solo mexicano que no sea capaz de imitar las proezas que tanto os han asombrado en los príncipes.

Comprended por esto cuál es mi seguridad. Con hombres de este temple no puede nunca temer un soberano por la independencia de su patria, por la violacion de su trono.

—Cualquiera de nosotros, se atrevió á decir Cacumatzin, seria capaz de reunir en breve un ejército de más de cien mil hombres, que ántes convertirian en ruinas la ciudad de México que consentir la dominacion de cualquier enemigo que aspirase á sojuzgarnos.

—Veo, en efecto, contestó Hernan Cortés, que merecis la honra con que os ha distinguido mi soberano, enviándome á vuestra presencia para ofreceros su amistad.

Cacumatzin dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

El caudillo de los españoles resistió vigorosamente el fuego de aquella mirada hasta obligar al príncipe de Tezcuco á bajar los ojos.

Los músicos, que llegaron en aquel momento, pusieron término á aquel diálogo, que de prolongarse hubiera producido tal vez un conflicto.

Guacalcinla no podia separar sus ojos de Hernan Cortés.

Habia en la fisonomía del guerrero un prestigio que la fascinaba.

En más de una ocasion leyó en las miradas de Miazochil, y

hasta de Guatimotzin su esposo, severas amonestaciones para que apartase su vista del soldado.

Pero à pesar suyo, volvía á mirarle y revelaba la emocion que experimentaba su alma.

Para comprender el efecto que la sola sospecha producía en Guatimotzin, es necesario conocer hasta qué punto amaba á su esposa.

Guatimotzin era todo corazón.

Enérgico y valiente como sus primos, carecía de las malas pasiones que dominaban á Cacumatzin y de la fatuidad que distinguía al príncipe de Iztacpalapa.

Guatimotzin era hijo del príncipe de Tacuba, vasto estado con derechos á la corona de México, y uno de los más felices del imperio por el paternal gobierno de sus señores.

Guatimotzin era, pues, sinceramente amado por sus súbditos.

Amante de lo bello, hubiera consagrado toda su vida al estudio.

Pero la calidad de su nacimiento y el puesto que estaba llamado á ocupar, exigían de él que dedicase sus juveniles ócios al arte de la guerra y se dedicó á él con verdadera pasión, no por lo que tenia de cruel, sino por lo que tenia de glorioso.

Aliado del emperador de México, recibió Guatimotzin la misión de someter un pueblo rebelde á la obediencia de Moctezuma.

Breves dias bastaron al logro de su empresa.

Guatimotzin volvió de la primera campaña con la auréola de la gloria.

En medio de los vítores y aplausos, al mismo tiempo que su tío y señor Moctezuma le abría los brazos y con sus plácemes sancionaba su victoria, se fijaron por primera vez los ojos de Guatimotzin en los de Guacalcinla, y el guerrero adivinó en ellos la felicidad de su vida.

La jóven fué su esposa, y su amor no tardó en aumentarse con el nacimiento de su primer hijo.

Vivian los dos esposos en Tacuba cuando el emperador les mandó llamar á su lado, porque queria recibir á los extranjeros rodeado de todos los príncipes que contribuian al esplendor de su córte.

Jamas la más ligera nube habia empañado el cielo de la felicidad de los dos esposos.

Guacalcinla adoraba á Guatimotzin.

Guatimotzin no podia vivir separado de su amante compañera.

El hermoso niño, que formaba su porvenir, completaba su ventura.

El amor de dos jóvenes, y más cuando son príncipes, inspira simpatías en los pueblos.

Todos los habitantes de Tacuba sentian algo de la felicidad de Guacalcinla y de Guatimotzin.

La dicha que rebosaba en el alma del jóven príncipe, la esperanza que tenia en su porvenir, apartaba de su alma el temor, y por eso las indicaciones que se habia atrevido á hacer al emperador habian sido más á propósito para inspirarle confianza que exasperarle.

No dudaba de la fidelidad de su esposa.

Pero, ¿por qué miraba embelesada al jefe de los españoles?

Por la primera vez de su vida sintió en su corazón el pesar y la tristeza.

Ocultaba su inquietud, y aguardó, aparentando una serenidad que no tenia, á que terminase el banquete.

Comenzó á oscurecer, é instantáneamente se iluminó la plaza.

Multitud de indios con teas encendidas formaron una calle desde el espacio en donde estaba la córte hasta la entrada de palacio.

El emperador se levantó, y tomando familiarmente el brazo de Hernan Cortés:

—Acompañadme, y haced que vengan vuestros capitanes hasta mi morada.

Quiero que la fiesta continúe, quiero obsequiaros con músicas y danzas.

La comitiva se dirigió á palacio, y los privilegiados entraron en la morada del emperador, mientras el pueblo se quedó en la gran plaza aguardando á que salieran los españoles, á quien no se cansaban de contemplar.

Más de cien jóvenes indias, espléndidamente adornadas, bailaron danzas del país durante mucho tiempo en presencia de los huéspedes de Moctezuma.

Cada una de ellas ofreció una flor distinta al jefe de los españoles.

Hernan Cortés formó tres ramos, y los dió á Miazochil y á sus dos hijas, Guacalcinla y Temixpa.

Las flores tenian un significado para los indios.

Las más bellas, que significaban su amor, formaban los ramos de Guacalcinla y de Temixpa.

Las que dió á Miazochil representaban tristeza y luto.

Esta casualidad produjo una gran emocion en todos los circunstantes.

Casi de pronto cesaron las músicas y las danzas.

—Me siento fatigado, dijo Moctezuma, ratiraos todos y dejadme descansar.

—Antes, exclamó Hernan Cortés, permitidme que os muestre mi gratitud y la de mis compañeros.

Nos habeis ofrecido una fiesta que á todos nos ha llenado de asombro.

No seríamos dignos de vuestra bondad, si á nuestra vez no tratáramos de pagaros favor por favor.

Tambien en nuestro país usamos festejos parecidos á los vus-

tros, y si me dais vuestra licencia, mañana mismo os brindaremos el espectáculo de una solemnidad militar.

—Sí, sí, exclamó Moctezuma.

Y todos los circunstantes repitieron sus palabras.

—En ese caso, voy á prepararlo todo, y mañana, en el mismo sitio en donde el pueblo mexicano ha admirado á sus príncipes, tendrá ocasion de asistir á un espectáculo que de seguro le agradará.

Así quedó convenido.

Los circunstantes se retiraron.

Cuando estuvieron solos en su aposento Guacalcinla y Guatimotzin:

—¡Oh, qué alegría! exclamó la jóven. Mañana asistiremos á esa gran fiesta.

—Tú no, dijo Guatimotzin con seriedad.

—¿Por qué me hablas do ese modo?

—No lo sé; pero te digo que no asistirás á esa fiesta.

—Si mi padre lo ordena....

—Ordenará mi muerte al mismo tiempo.

—Basta, dijo Guacalcinla con acento de profundo dolor; ya sé que nuestra dicha está herida de muerte.

CAPITULO XXXV.

Donde los españoles hacen de las suyas.



A noticia de la fiesta con que pensaban obsequiar los extranjeros á los mexicanos, circuló con extraordinaria rapidez, y al dia siguiente muy temprano estaban ocupadas por una inmensa multitud las gradas que se habian levantado en la plaza de Tlateluco.

Los que no habian podido obtener puesto, llenaban las ventanas y las azoteas de las casas.

Todos aguardaban con ánsia la llegada de los extranjeros, no dudando que aquellos hombres sobrenaturales ejecutarían maniobras sorprendentes, que les confirmarían en la opinion ventajosa que ya habían formado de ellos.

Hernan Cortés lo habia preparado todo para que sus soldados aumentasen el prestigio que tenían á los ojos de los mexicanos.

Hizo á todos que limpiasen con esmero sus armas.

Mandó llevar la artillería á la plaza, adornó las crines de los caballos con cintas vistosas, hizo que sus capitanes se engalanasen, y él á su vez se adornó con el precioso collar que en la primera entrevista le habia regalado Moctezuma.

Crando la comitiva del emperador se puso en marcha, cuando fueron conducidos en vistosos palanquines á los pálios preparados al efecto, el emperador, su esposa, la princesa Temixpa y los tres príncipes Quetlahuaca, Guatimotzin y Cacumatzin, Hernan Cortés, seguido de sus capitanes, montados todos en brio-